



Colegio
Ntra. Señora de Loreto

Finalista de 1º ESO C: BEATRIZ GONZÁLEZ GRACIA

Siempre igual. Es que no lo consigo.

Mi nombre es Mateo, vivo con mi madre en una pequeña casita de un pueblo de Grecia. Soy herrero, fabrico herraduras para caballos y gano lo justo para mantener a mi madre y llevar una vida sencilla. Los impuestos me tienen breado, cada vez los suben más, y a pesar de todo no soy hombre de llantos, es decir, me aguanto y ya. Pero si hay algo que me cripa es que a gente que no hace nada la alaben como si fuera un dios. Os hablo de esto, porque un hombre llamado Rebacio, dijo que había conseguido destruir un pequeño pueblo de las afueras con solo mirarlo y extender su brazo derecho, y diréis, pero destruir un pueblo, no es menester de alabanza; sin embargo, da la casualidad de que ese pueblecito de las afueras estaba enfrentado con toda Grecia. El problema es, que ¡él no lo hizo! ¡yo lo vi! Estaba yendo con mi burro a entregar unas herraduras que me habían encargado, y vi cómo la cumbre de la montaña se desprendió y arrasó con el pueblo, que se situaba en la ladera de ésta. Y Rebacio aprovechó, y pensando que nadie lo había visto, montó en su caballo y se dirigió a Grecia para informar sobre su heroica hazaña. Yo no daba crédito a lo que había visto; al llegar yo a Grecia me enteré de que ya se había corrido la voz. Rebacio se había convertido en un héroe.

Pasaron los días y cuanto más hablaban de él, más odio le cogía, así que pensé: esto no va a seguir así. Me dirigí a la plaza mayor de Grecia y lo grité, y lo grité, dije toda la verdad. Pero a quién iban a creer, a un simple herrero o al héroe del momento. Era bochornoso. La gente se reía de mí, y pasaban del tema, incluso me tomaron por esquizofrénico. Pero en ese momento se acercó Rebacio. Se puso ante mí y me dijo: ¿qué sandeces dices? ¡La pura realidad! Le contesté. Yo no tengo por qué hacer caso a un simple herrero que no hace más que dar falsos testimonios. Muy bien, le dije. Si es cierto lo que dices, ven, destruye mi casa. Rebacio se quedó atónito, y la gente de los alrededores no hacían más que decirle: ¡Vamos! Demuéstrale a ese herrerucho de lo que eres capaz. Entonces, toda la gente que se encontraba en la plaza, vinieron hasta mi casa junto con Rebacio y conmigo. Así pues le dije: vamos Rebacio, si es cierto lo que cuentas, alza tu brazo derecho, mira mi casa y destrúyela. Rebacio se quedó de piedra. Entonces confesó.